

Escribir haciendo zazen, enero de 2019

Pierre Dutheil fue el responsable de la toma de notas en la última Rohatsu sesshin en Seikyuji. Da testimonio de su Samu que fue para él como un regalo.

Tomar notas es afrontar cierto número de problemas. Uno de los más importantes: ¿Cómo conseguir hacer zazen cuando lo que se está haciendo durante zazen no es zazen? Necesité un rato para resolver este problema. Al principio existía cierta tensión, la obsesión por estar ahí, al acecho del verbo, por quedarme pegado al instante sonoro, por armonizar mi gesto gráfico a las palabras pronunciadas. Y por ende un desajuste de la postura, de la respiración.

Pero, poco a poco, la fuerte concentración del dojo, el excepcional contenido de las palabras escuchadas y también, sin duda, el indefinible deseo de mi cuerpo y de mi mente de entrar en zazen, de abandonarse a zazen, ganaron la batalla. Mi mente renunció a todo deseo de resultado (hay que escribirlo todo), a toda huella de estrés (¿y si me olvido de algo?) y se dejó apaciguar por zazen. Mi mano se independizó, escribía. ¿A las órdenes de quién? ¿Por qué? No tengo idea. En algunos silencios que intuitivamente notaba podían durar, soltaba el bolígrafo, volvía a poner el mudra sobre el vientre con placer y enderezaba la columna vertebral. Después volvía a coger apaciblemente el bolígrafo cuando la voz se elevaba. Al cabo de los zazenes mi respiración ya no se dejó perturbar por la necesidad de transcribir. En definitiva me di cuenta de que mi práctica había fagocitado mi función, y cosa sorprendente, manteniéndome productivo y eficaz.

Otro problema importante se planteó paradójicamente no con las palabras, sino con los silencios. Muy a menudo el silencio es un espacio que se ofrece a la traductora a la que, de paso, ofrezco toda mi profunda admiración porque pude calibrar la dificultad de la tarea. Técnica, concentración, reacción, peso de la responsabilidad: ¡Tiene que ser agotador! A veces la estructura de la lengua francesa o la imagen poética utilizada era desconcertante para una traducción al español.

Por ello surgían breves momentos de reflexión, de duda: Una bendición para mi bolígrafo enzarzado en una carrera contra reloj. Otras veces se establecía la complicidad entre maestro y traductora, los discursos, francés y español, se respondían al instante en un torbellino y se elevaban por el dojo revoloteando como el humo del incienso que se une al cosmos.

Escribir haciendo zazen, enero de 2019

Entonces yo ponía toda mi confianza en la grabadora. A veces el silencio intervenía incluso en el interior de una frase para dejar que una palabra poderosa, que una palabra esencial tuviera tiempo de acariciar la verticalidad de cada espalda hasta el último rincón del dojo. Pero a veces, también, el silencio era solo un tiempo de silencio, de respiración, de zazen.

¿Cómo distinguir la naturaleza de esos silencios en la transcripción escrita cuando no se dispone más que de una pobre herramienta que se llama puntuación? La respuesta es sencilla, no se puede.

Sin embargo, quedaba por hacer el trabajo más arduo: teclear las 40 páginas de notas que había acumulado. Debo decir que lo que he hecho no se llama «samu», se llama «regalo». Volví a escuchar dos veces íntegramente los kusen con la grabadora, releí varias veces mis notas y la versión definitiva. Allí, en los muros del templo, con las sensaciones corporales completamente frescas por los numerosos zazen vividos, tuve la impresión de que Keisan se metía en mí, o yo en Keisan, no sé.

Como una piedra que cayera en la superficie muy lisa de mi práctica: ¡plaf! Las ondas se propagan lentamente en todas direcciones. Resuena. No sé cómo expresar mi agradecimiento hacia las personas que han trabajado para la realización de la Rohatsu, hacia el maestro, transmisor tan fino de este maravilloso mensaje y hacia Shakyamuni Buda que reveló esta verdad que guía mi vida.